

por Carlos Samayoa Chinchilla

La primera noticia que se tiene en relación con esta fabulosa ciudad, que en muy remotas edades fue cuna y emporio del mundo Maya, es la posible visita que —según suposiciones del antropólogo Silvanus G. Morley— hizo a ese lugar el padre comisario Fray Andrés de Avendaño a principios de 1696, cuando después de haber fracasado en la misión de paz que el Gobernador de Mérida don Martín de Urzúa le encomendara ante el Canek o cacique de los Itzaes, resolvió volver las espaldas a lo desconocido y regresar a Mérida, Yucatán.

Acompañado de los padres Fray Joseph de Jesús María, Fray Diego de Echeverría y cuatro indígenas aleccionados en el canto de algunas oraciones cristianas, el Padre Avendaño, al iniciar su viaje visitó los poblados de Zuchock, Chumpich y Bateab, en los que se puso al habla con el Teniente General Alonzo García de Paredes y le comunicó la arriesgada misión que los llevaba a Tayasal, pueblo situado en la margen Sur del lago de Flores.

Días más tarde el pequeño grupo de expedicionarios llegó a un pueblo cuyos moradores lo recibieron —a pesar de sus pacíficas demostraciones— «con alguna aspereza, desa-

brimiento y alteración de los ánimos, y con las armas en la mano», pero, afortunadamente, los padres lograron desvanecer la desconfianza de los naturales y continuaron su marcha. Al día siguiente llegaron a Nichén, lugar donde el padre Avendaño se entrevistó con el propio Canek, quien según las crónicas escritas por Villagutierre Sotomayor, salió a su encuentro: «en traje de guerra, con muy grandes carcajes de flechas, aunque todas tendidas en el plan de las canoas».

Al principio todo pareció marchar por los buenos caminos del avenimiento, pues los naturales se mostraron comprensivos y hospitalarios, mas al cabo de pocos días el padre comisario y sus acompañantes se vieron obligados a abandonar Nichén con el convencimiento de que, a pesar de las muestras de sumisión que a diario les daban los itzaes, sus vidas corrían peligro, no sólo por la actitud dudosa de Canek, sino sobre todo por las fieras amenazas que hasta ellos hizo llegar el cacique Coboxh: «el mayor enemigo de la ley y amistad de Dios».

Amparados por dos hijos y por un yerno del Canek los expedicionarios se encaminaron a Tipú, siendo recibidos en Alaín por el cacique Chamaxzulú, Jefe Guerrero y señor de muchas vidas, que al principio los agasajó de mil maneras y más tarde, al tener noticias de una sublevación que acababa de ocurrir en el Petén Grande, resolvió cambiar de actitud, negándose a proporcionarles guías y alimentos.

Faltos de toda ayuda y agotados por los esfuerzos que a diario se veían en necesidad de desplegar para proseguir el viaje, los sacerdotes y los cuatro indígenas llegaron, después de cinco jornadas de fatigosa caminata, hasta las orillas de un caudaloso río que, según Morley, no pudo ser otro que el Holmul, situado al rumbo Oeste de las ruinas conocidas con el nombre de Nakúm. En la imposibilidad de atravesar las aguas de ese río, siguieron su curso animados por la esperanza de encontrar un vado.

Errantes en la tupida y calurosa selva, durante los primeros días del mes de febrero de 1696, llegaron a un paraje cubierto de antiguas construcciones que el padre Avendaño describe de la manera siguiente: «Entre estos altos montes

que pasamos ai Variedad de edificios antiguos, salvo Vnos en que reconosi Viuienda, Qentro, y aunque ellos estauan mui altos, y mis fuerzas eras pocas, subi (aunque con trauajo) a ellos. Estos estauan en forma de conbento, con sus claustritos pequeños, y muchos quartos de Vivienda todos techados, con buelta de coche, y blanqueados de yeso por dentro, que por allí abunda mucho, porque las serranías todas, son de ello, de forma que no se paresen dichos edifizios a las que ay acá en la Provincia (Mérida), porque estos son de pura piedra labrada encajada sin mescla, particularmente lo que toca a arquería; mas aquellos son de cal y canto reuocados con yeso».

Siendo este lugar el único que existe entre Nakún y Uaxactún, donde haya pirámides, templos y grandes edificios, es fácil presumir, como lo supuso Morley, que los expedicionarios acamparon en Tikal y sus alrededores, siendo, por lo tanto, los primeros hombres blancos que visitaron y describieron —aunque de manera muy somera— las portentosas ruinas.

Ciento cincuenta y nueve años más tarde el Corregidor del Departamento de El Petén, Coronel Modesto Méndez, acompañado del Gobernador Ambrosio Tut, llevó a cabo una expedición organizada, con el fin de explorar las mismas ruinas. Del curioso diario que más tarde sirvió para redactar su detallado informe, transcribimos los siguientes párrafos, tomados de un extracto hecho en época reciente por el licenciado Hugo Cerezo Dardón, pues esos párrafos dan una idea bastante clara de lo que Méndez, Tut, y sus acompañantes, tuvieron el privilegio de ver y experimentar en esa oportunidad:

23 de febrero. Ya con el propósito de visitar las «antigüedades de la ciudad de Tikal», se organiza la expedición formada por Méndez, Antonio Matos, José María Garma, Vicente Díez y Bernabé Castellanos.

24 de febrero. Después de navegar cinco leguas, salen a tierra y empiezan el viaje: «... no sin algún cuidado, pues algunas indígenas que habitan en el lugar del desembarco quedaron llorando porque sus esposos y el Gobernador, Ambrosio Tut, hacía ocho días que habían salido a explorar el

camino de las citadas ruinas y temían que hubiesen sido víctimas de los salvajes, de las fieras o de los encantamientos; pues estas pobres gentes tienen preocupaciones respecto a las antigüedades de Tikal». Concluye la primera jornada en la aguada llamada La Tinta. Ahí se les reúne el Gobernador Ambrosio Tut. «Le pedí —dice el informe— en seguida, nuevas noticias de las ruinas de Tikal, y el Gobernador me contestó que aunque se sentía cansado, quería tener el gusto de irme a situar al pie de ellas». De esto puede deducirse sin esfuerzo que la primacía en el descubrimiento corresponde a Tut.

25 de febrero. Quienes acompañaban a Tut se dirigen hacia San José. Con ellos se pide agua. Méndez recibe un correo. «Me impuse de él, hice lo que se me prevenía, y nos despedimos del citado Alcalde, continuando nuestro viaje hasta las cuatro de la tarde que hicimos alto, no con el buen tiempo que empezamos, pues llovió mucho, aunque por lo demás no hubo otra novedad».

26 de febrero: A las tres de la tarde observaron fragmentos de loza antigua «...y un monte algo más claro, lo cual vino a despertar la ansiedad natural de aproximarnos al objeto que buscábamos». Inmediatamente subiendo por precipicios y escombros escalaron el primer palacio, del cual anota el informe varios detalles. Desde arriba avistaron otros palacios y «...siendo ya las cinco de la tarde, con la imaginación aturdida, descendimos a comer y dormir para continuar mañana estos importantes descubrimientos».

27 de febrero. Exploraron el palacio situado «a dos cuerdas» del anterior. Es descrita su estructura. En la plazuela al pie de este edificio los hallazgos fueron importantes: «...simultáneamente fuimos descubriendo personajes de piedra de cinco y seis pies de alto; los que mandé limpiasen, como yo mismo lo hacía, con mucho cuidado, y que se desmontara alrededor, para que les diese el sol, quizá después de muchos siglos. En la circunferencia y grueso de las lápidas aparecen los caracteres que van copiados juntamente con las estructuras de ambos sexos, conforme a nuestra vista y a la inteligencia del pintor. El regocijo con el hallazgo de objetos de tanto mérito se multiplicó en la comitiva y empeñó más mi curio-

sidad; mandé que se explorase con solicitud y esmero aquel recinto, y aparecieron once estatuas de la figura expresada, aunque con diferentes adornos; tres en piedras redondas y otras once lápidas preparadas como para recibir alguna impresión todas formando calle a diferentes distancias. También aparecen en el mismo siete u ocho piedras redondas, como las ruedas de una calesa, y otras que deben contener algún objeto; pero el cansancio de los mozos no ha permitido descubrir más, pues todo este día, excepto los intervalos para almorzar y comer, lo pasamos en el descubrimiento y observación de las estatuas, considerando que las personas que representan sin duda por su civilización y grandeza, después de tantos centenares de años, han hecho llegar hasta nosotros su memoria. En estas consideraciones, nos faltó el sol por la elevación de las montañas, y nos retiramos a dormir sin poder fijar nuestros juicios acerca de la época de estos monumentos y de la raza de sus fundadores».

28 de febrero. Visita otro palacio situado a igual distancia y apunta que no difiere sustancialmente de los anteriores. Comenta el gran deterioro del edificio provocado por las raíces de árboles corpulentos. Anota asimismo el hallazgo «... de vigas de chicozapote, en las cuales se ven labradas figuras con admirable delicadeza, y muchos caracteres iguales a las copias que mandé sacar y aparecen en la colección». Observaron también en este día otros edificios menos elevados. «Fatigados de subir y bajar tantos precipicios, y hundidos en tristes melancólicas reflexiones, al ver tantos escombros y ruinas, siendo la hora de retirarnos, lo hicimos, mejorando de ideas al encontrar en nuestro dormitorio los garrafones de agua que habíamos pedido; con lo cual quedaron desocupados los mozos destinados a conducir los bejucos».

29 de febrero. Exploran el interior de un palacio rompiendo una parte tapiada «con el único objeto de ver si se encuentran ídolos u otros objetos escondidos por sus poderosos dueños...».

1 de marzo. Despojan de raíces una lápida ovalada de más de dos varas de alto, una y medio de ancho y como media tercia de grueso. Apareció en ella una figura que el informante considera la esposa de un monarca. «Después de esto,

en el mismo lugar, destiné al señor Lara a que tanto de las Circunferencias de las estatuas de piedras, cuanto de las dibujadas en las vigas de Chico-zapote, que forman la puerta principal de los tres palacios, acabase de copiar, con el posible esmero las letras que contienen, cuyas inscripciones algo de importancia deben revelar, mas sólo en la Corte podrán encontrarse anticuarios profesores del idioma, y si no, yo debo cumplir con este deber, pues me sería sensible que otros curiosos extranjeros, vengan a dar publicidad a los objetos que estoy viendo y palpando. Vengan en hora buena esos viajeros con mayores posibles y facultades intelectuales, hagan excavaciones al pie de las estructuras, rompan los palacios y saquen curiosidades y tesoros que no podrán llevar sin el debido permiso; jamás podrán nulificar ni eclipsar el lugar que me corresponde al haber sido el primero que, sin gravar a los fondos públicos, les abrí el camino, y que tuvo el honor de comunicar al Supremo Gobierno de nuestra República, cuanto interesante y superior se encuentra en la capital de este imperio, sin miras de interés particular, únicamente satisfecho y persuadido que mi persona y cortos bienes pertenecen a la Patria, al Gobierno y a mis hijos».

2 de marzo. Se despiden del lugar. Como Corregidor y Comandante, Modesto Méndez declaró aquellas ruinas y monumentos, como propiedad de la República de Guatemala, en el Distrito del Petén. Dejaron asimismo —costumbre inveterada— sus nombres en los muros de un palacio y una inscripción fechada.

En este ameno relato debe escribirse al margen el sano júbilo y el nacionalismo del Corregidor expresados en cada párrafo. «Desde entonces, empecé a sentir un noble orgullo al ver logrados en tan cortos días nuestros trabajos, los deseos de tantos años, con notable oprobio de mis antecesores».

Hasta aquí el extracto del licenciado Hugo Cerezo Dardón sobre el informe rendido por el coronel Méndez. Posteriormente, atraídos por el interés que esos valiosos vestigios de la cultura desarrollada por uno de los pueblos más notables de la América Precolombina despiertan en el ánimo de los historiadores y antropólogos del mundo moderno, fueron nume-

rosos los hombres de ciencia que en diferentes épocas visitaron la ciudad de Tikal.

En el año de 1869 el explorador escocés John Carmichael llegó al Petén procedente de Benque Viejo, se detuvo algunos días en la isla de Flores, pernoctó en Tikal y probablemente visitó Nakún. Atraído por el sortilego encanto que se desprende como un vaho de eternidad de todos esos lugares regresó a ellos en 1890. Entre las notas que redactó sobre Tikal figura una que se relaciona con la noticia de un tesoro que, según alguien le aseguró formalmente, permanecía enterrado bajo el suelo de una cripta; tesoro que indujo a T. W. F. Gann a practicar excavaciones en 1927, sin resultado aparente. Lo secundaron más tarde en sus empeños el capitán Robson, S. D. Jolly, Herron y Stead, quienes después de excavar bajo los cimientos de dos estelas encontraron varias piezas de obsidiana labrada.

En 1877, Gustavo Bernoulli, acompañado de un joven de origen alemán nombrado o apellidado Cario, arribó a Tikal. Entre ambos lograron desprender de las puertas de un templo dos dinteles esculpidos en madera de chico-zapote y los enviaron al Museo Etnológico de Basilea, Suiza, institución donde actualmente se exhiben como una valiosa y original muestra del arte aborigen pre-hispánico.

Tres años más tarde, Claude Joseph Desiré Charnay, explorador y hombre de ciencia francés, visitó Tikal, permaneciendo varias semanas en las ruinas. A él se deben los primeros trabajos metódicos sobre epigrafía Maya y también él fue quien hizo los primeros vaciados en yeso de algunas esculturas de Palenque y Yaxchilán, dos años más tarde.

Penetrando dos veces por la legendaria ruta de El Petón, Alfredo Percibal Maudslay, llegó hasta Tikal casi por las mismas fechas. Sus bien redactadas notas y observaciones sobre aquel mundo desconocido quedaron comprendidas en un famoso libro de viajes escrito por él y su esposa bajo el título de «A Glimpse at Guatemala». Años después, Maudslay publicó su gran obra «Archeology» (en Biología Centrali-Americana) que constituye una valiosa contribución a la epigrafía Maya.

En 1892, comisionado por el Gobierno de Guatemala

para que recogiera ejemplares de la flora y de la fauna regionales y sacara moldes de bajorelieves y esculturas, el señor Federico Artés permaneció varias semanas en la zona petenera, deteniéndose algunos días en Tikal, aunque sin mayor provecho para la ciencia arqueológica.

Entre 1895 y 1904 se abre una época que contiene positivo avance en el conocimiento y descripción de las ruinas que son objeto de estas líneas. Teobert Maler logró levantar planos de cinco estructuras y copió, con bastante fidelidad, varios *graffitti* de los que exornan las paredes de los templos, redactando una detallada memoria que forma parte del cuerpo de las *Peabody Museum Memoirs*, bajo el título de «*Explorations in the Department of Petén. Guatemala. Tikal*». Años adelante la dirección del Peabody Museum envió a Alfred M. Tozzer a Tikal, con objeto de comprobar y completar los estudios llevados a cabo con anterioridad por Maler.

En el lapso comprendido entre los años de 1914 a 1937, el notable arqueólogo y epigrafista Sylvanus G. Morley visitó las ruinas cuatro veces bajo los auspicios del *American Museum of Natural History*, *The School of American Archaeological Institute of America* y la *Carnegie Institution of Washington*, y por último, el ingeniero Fernando Cruz y el general Eduardo Hay (1921-1930); Tomás Gann (1927); capitán Robson, S. D. Jolly y Herron (1930); Edwin Martin Shook (1937-1942); y Heinrich Berlín visitaron en las fechas indicadas entre paréntesis las ruinas.

Hasta el momento no hay camino para llegar fácilmente por esos rumbos, razón por la cual en el año de 1951 se construyó un aeropuerto, que fue ampliado y mejorado en 1955, o sea, en el año en que el nombrado arqueólogo Edwin M. Shook inició los trabajos de exploración y reconstrucción que se están llevando a cabo en la actualidad, gracias a la ayuda técnica y económica prestada mediante un contrato firmado por el gobierno de Guatemala y las autoridades superiores de la Universidad y el Museo de Pensylvania, Estados Unidos de Norteamérica.

Las ruinas se encuentran ubicadas en el corazón de la selva a una latitud de 17° 13' 3" N. y longitud de 89° 38' 5" O., en la zona noroeste del Departamento de El Petén, como a

43 kilómetros en línea recta al noreste de Flores, cabecera del mismo Departamento. Coronan varias colinas y collados de piedra caliza que se extienden sobre las cabeceras del río Holmul, que más adelante, al unir sus aguas con las del río Azul, recibe el nombre de río Hondo, nombre que conserva hasta su desembocadura en la bahía de Chetumal. La milenaria ciudad se levanta a 283 pies sobre el nivel de las aguas marinas y la región en que se encuentra emplazada está comprendida en la zona tropical húmeda del Caribe, razón por la cual sus temperaturas son muy altas (27 grados centígrados en el día) con variaciones entre los 24 a los 40 grados. El volumen de aguas que recibe esa calurosa región es de unas 70 pulgadas anuales poco más o menos.

El agua potable es escasa en los alrededores, aun cuando existen tres depósitos naturales en el lugar, de esos que los chicleros de El Petén conocen con el nombre de «Aguadas»; pero durante la estación seca las reservas de líquidos que contienen esas «aguadas» se agotan, lo que hace pensar que los antiguos habitantes de Tikal no contaban únicamente con dichos depósitos para satisfacer las múltiples necesidades de una población que, según cálculos aproximados, llegó en épocas de apogeo a cien mil habitantes.

Todo induce a suponer que los Mayas construyeron un gran *reservoir*, utilizando para el caso una barranca próxima que hoy está casi por completo llena de escombros. No se han hecho aún estudios concretos a ese respecto, pero desde luego puede afirmarse que esa enorme presa constituyó una gran obra de ingeniería indígena, no sólo por los diques de piedra y calicanto que la formaban, sino también por la calidad de los materiales empleados en su construcción.

Hasta ahora los edificios o restos de edificios se han clasificado en los siguientes grupos: *Grupo H*, que comprende ocho grandes estructuras, numerosas estelas, altares y calzadas o *sacbes*, como se denominaba en el orbe Maya a las grandes calles o avenidas que unían a las ciudades. *El Juego de Pelota*: identificado en mayo de 1937 por los señores Pollock y Smith. (Se supone que existen otros más grandes e importantes). *La Estructura 27*: o sea, el templo situado más al oriente del Grupo A, el cual fue ya estudiado por Maler y Tozzer.

Este notable edificio está constituido por un solo piso con muchas dependencias, una gran crestería y una cripta o adoratorio. La sub-estructura de forma piramidal, compuesta por varios cuerpos, tiene una espaciosa escalinata en cuyo medio se levanta un santuario con techo de bóveda. *La Acrópolis del norte o Grupo A*: situado en la plaza mayor o central que está constituido por una serie de terrazas sobre las cuales puede todavía apreciarse un hermoso conjunto de templos menores. Hacia el lado sur de la Acrópolis existe una gran cantidad de monumentos de piedra, lisos o esculpidos, entre los cuales se alinean 40 estelas que sin duda tienen estrecha relación con lo que, en lejanos tiempos, fue un gran centro religioso del mundo Maya. *El templo II*: que es en realidad una enorme pirámide de tres cuerpos, a la cual se asciende por una escalinata de piedra.

Cubiertas hasta hace poco por los innumerables brazos de la selva, después de varios siglos de abandono y olvido, estas majestuosas ruinas reservan muchas sorpresas para los futuros investigadores, ya que las bases de la mayor parte de los edificios que las integran están cubiertas por la maleza y por los escombros de las cornisas y cresterías que con el tiempo han cedido, viniéndose abajo.

El 25 de marzo de 1951 fue descubierto un nuevo templo, tan importante como los cinco mayores que ya se conocían y estaban debidamente catalogados. El más alto de ellos, clasificado con el núm. 4, tiene cerca de 90 metros de altura y se encuentra, afortunadamente, en buen estado de conservación. A su visita, lo primero que el visitante se pregunta es ¿cómo se las ingeniaron los arquitectos Mayas para levantar y colocar las pesadas piezas de mampostería que lo coronan, sin la ayuda de la maquinaria y la técnica modernas?

El templo descubierto recientemente (1951), está decorado con estuco y dibujos incisos. En sus contornos, diseminadas entre los troncos de los árboles centenarios, se encuentran varias estelas-altares, cubiertas de relieves y glifos. En el muro posterior, o sea, en el que da frente hacia la cara Este se extiende un gran panel compuesto por seis hileras verticales de bloques con jeroglíficos, cuyo posible significado está siendo objeto de estudio por parte de varios arqueólogos, entre

ellos el señor Heinrich Berlín. Debido a la magnitud de ese panel, el templo recién descubierto fue bautizado con el sugestivo nombre de «Templo de las Inscripciones».

El descubrimiento más reciente se debe al señor Edwin M. Shook, quien durante la primera temporada de trabajo, o sea, la comprendida entre los meses de enero a marzo de 1955, tuvo la buena fortuna de descubrir una estela (núm. 22), con su respectivo altar, estela que por sí sola es una impresionante muestra de la forma artística y original con que los Mayas tallaron la piedra.

La nueva temporada se inició en noviembre del año pasado, para terminar, debido a las especiales condiciones de clima que rigen en El Petén, en marzo o abril del año en curso. Mientras se reanudan esas labores, se están haciendo trabajos metódicos para ver si es posible perforar varios pozos a fin de contar con el agua necesaria para los hombres que trabajen en la futura temporada, pues hasta ahora los esfuerzos realizados en ese sentido no han dado el resultado que se esperaba debido a las condiciones del subsuelo.

Durante ese segundo período de trabajo o en los que han de seguirle hay posibilidades, según afirman los arqueólogos, de que se encuentren pruebas irrecusables de la teoría que sostiene que la cuna de la Cultura Maya y la irradiación que más tarde tuvieron sus manifestaciones de arte, estilo arquitectónico, cerámica, pintura mural y cálculos astronómicos en todo el mundo Maya, tuvieron su origen en esa milenaria y sorprendente ciudad, en la que los centroamericanos deben pensar siempre con respeto y gratitud, pues de esa forma parte de uno de los dos macizos —el indígena y el español—, en que descansan y se nutren las más antiguas y nobles raíces de su raza y de su historia.

*Instituto de Antropología e Historia.
Guatemala.*